

EN UN RATO DE OCIO

INDOLENCIA? Sí, que no le duele a uno—*indolentia*—y por eso no trabaja, porque el trabajo es pena. Pero ¿qué es trabajar y quién es el ocioso, ya que no el indolente? Se trabaja para no tener luego que trabajar, buscando el descanso; se corre para poder pararse. Hay quien va muy de prisa por ganas de acabar pronto y descansar, por ociosidad. El trago amargo del trabajo pasarle cuanto antes.

Un boceto es, dicen, fruto de cierta ociosidad; su autor no quiso acabarlo, redondearlo. Y un boceto es, sin embargo, en los más de los casos, algo más intenso, más concentrado, más denso que la obra acabada o perfecta. Es como una semilla. ¿No es acaso una bellota que contiene en sí a una encina, más intensa que ésta? Y más simple. De las bellotas sale la encina, pero de la encina sale también la bellota. Y hay una simplicidad inicial, de nacimiento, y otra final, de muerte. Que acaso es una misma.

«He escrito esto en ratos de ocio...», leéis, y al punto se os tiene que ocurrir: ¿de ocio?; pues si en esos ratos estaba escribiendo, no estaba ocioso, ni eran, por lo tanto, de ocio los ratos. Como no sea que escribiese sin pensar en lo que escribía, cosa que cabe. Y en los eruditos es frecuente. Otras veces el trabajo íntimo del pensamiento es tan intenso, que estorba al de la expresión. Y ésta es atropellada y queda en incipiente. Es como esas notas que uno escribe para sí mismo, en *taquilogía*, casi en cifra, y en una lengua interior, informe; en una lengua protoplasmática, que ni es prosa ni es verso, con una sintaxis de lenguaje interior. Sintaxis dinámica, no mecánica. Las expresiones no concluyen, pero es porque empiezan. Y todo va lleno de posibilidades y de promesas.

¿Ocio? La palabra escuela—*schola*—significó primeramente ocio. Y muchos aún no piensan sino en ocio. Lo que vale decir que no piensan. Son incapaces de ocio. Pues qué, ¿es tan fácil ser ocioso, vacar? «¡Cómo trabaja Juan!», le dijo José, admirado de lo que aquél trabajaba, a Pedro, y Pedro le replicó: «¡Claro!, no tiene otra cosa que hacer!...» Y Pedro, que pasaba por un vago, trabajaba, dentro de sí, más, mucho más que Juan.

¿Vago? Vago es uno que vaga, que anda de un lado a otro, un vagabundo. Y el vago trabaja, ¡vaya si trabaja! Trabaja en vagar. ¡Pues poco trabajo que es vagar de una parte a otra! Tal vez en busca de trabajo. Y el más penoso trabajo es vagar en busca de él. Y hay luego la extravagancia y la in-

travagancia. A esto le llaman meditación. «¡Meditación!», exclama con voz gangosa desde el púlpito el lector; apaga la vela y se quedan todos en silencio un rato. ¿Qué hacen? Intravagan, alguno extravaga, y hay quien se duerme. Y el dormir, ¿no puede ser también trabajo? Sobre todo si se sueña.

Una araña en acecho, en el centro de su tela, parece dormir, acaso soñar; ¡tan inmóvil está! Pero apenas cae una mosca, ya está sobre ella. Es que estaba más activa que una ardilla dando vueltas en una jaula. Que esto sí que es ociosidad de la mala.

¿Activos? ¿Contemplativos? Y eso, ¿qué es? Que la contemplación es una acción, no cabe duda; lo que no es tan claro, es que la acción sea contemplación. No cabe pensar el movimiento sin moverse en algún modo, sin que a uno se le mueva algo dentro; pero cabe moverse sin pensar en ello. El pensamiento es movimiento, aunque la idea no lo sea. La idea es la curva que expresa la forma de un movimiento. Y la parábola no es un cañonazo.

Pensar de prisa. Si el arado corre,

no ahonda o ara en arena. ¡Claro!; pero no todo pensar es arar. Pueda ser disparar, acometer con bala. Y en casos, mejor que proyectil pesado e poca velocidad, proyectil ligero a gran velocidad. El trabajo se mide por el producto de la masa, por la velocidad. Un pensamiento de pequeña masa, pero muy rápido, puede atravesar enigmas o problemas en que se embota un pensamiento macizo, pero lento. Algo de esto es el ingenio. Una frase a tiempo, incisiva, rápida, atraviesa una doctrina mejor que veinte argumentos pesados armados de todas armas silogísticas.

Y luego hay lo de no acabar, lo de sugerir, lo de dejarle al lector u oyente que acabe él, o que cambie. No quiero los que me lo dicen todo, ni los que concluyen. Prefiero los que pasan por oscuros, porque me dejan que ilumine lo que dejaron en sombra.

Pensamientos se llama a los de Pascal. Y lo son porque no acaban, porque quedaron en semillas. Si hubiese podido acabarlos, redondearlos y sistematizarlos, serían ideas. Y lo dinámico es el pensamiento, no la idea.

Lo que se piensa en ratos de ocio... ¡Ni hay tiempo de hacer ideas!

MIGUEL DE UNAMUNO

(*Nuevo Mundo*. Madrid).

¿CONFUCIO EN NUESTRA CASA?

TENGO una gran devoción por la sabiduría china.

Y-King, Libro Sagrado de las Permutaciones; *Chou-King*, Libro Sagrado por Excelencia; *Chi King*, Libro de los Versos; *Li-Ki*, Libro de los Ritos; y los *Sse-Chou*, Cuatro Libros Clásicos, son monumentos más firmes y más amplios que todas las pirámides y todas las catedrales; participan de la eternidad esencial del espíritu.

Khong-Fou-Tseu (Confucio) y sus discípulos consideraban el gran objeto de la sabiduría, acaso su objeto único, el mejoramiento constante de sí mismo y de los demás; ante todo el propio, porque sólo podemos exigir que los otros mejoren cuando hayamos mejorado nosotros mismos.

Hace más de veinticinco siglos predicaban y practicaban la verdadera democracia. «Lo que el Cielo ve y entiende es lo que el pueblo ve y entiende. Lo que el pueblo juzga digno de recompensa o de castigo es lo que el Cielo quiere recompensar o castigar. Hay una comunicación íntima entre el Cielo y el pueblo. Que los que gobiernan estén atentos». «Obtén la afección del

pueblo y obtendrás el imperio; piérdela y lo perderás».

Pero dentro del más exigente espíritu democrático no se confundía su verdadero significado como se le confunde y equivoca hoy.

Para *Khong-Tseu*, las leyes morales y políticas que deben regir al hombre en su triple calidad de ser moral perfectible, miembro de familia y elemento social, son leyes eternas, expresión de la verdadera naturaleza humana, en armonía con las leyes naturales; y que, por lo tanto, sólo pueden ser comprendidas, aplicadas y enseñadas por los hombres que son la más alta expresión de esa naturaleza humana, aquéllos que por la cultura moral de su alta inteligencia se han hecho dignos de ser los guías de sus semejantes.

«Gobernar es cumplir religiosamente un mandato celeste en beneficio de todos; una grande y noble misión confiada al más virtuoso y al más digno y que le será retirada desde el momento en que el mandatario falte a su mandato». «Gobernar es realizar las leyes eternas de la felicidad humana; sólo